

Vence la sed de venganza, por los crucificados o vencidos. Crece el desencanto, la desolación del fracaso, el derrumbe de lo que ya no será, la ira hacia lo que se considera un nuevo engaño para aplacar el deseo de justicia de todo un pueblo. Y de ahí la traición: terminar con un mensaje de paz que deteriora el ansia en la lucha. Los personajes se hacen complejos, y entre los polos de las distintas vías para hallar el camino está el deseo de Lázaro: dinamitarlo todo, acabar con la humanidad condenada a la muerte, con el interrogante de la vida, la angustia entre la nada o el paraíso. Pero al tiempo se convierte en trasunto de la agonía de Cristo: Julieta Pinto hilvana con detalle la complejidad de su psicología, su drama profundamente humano. La escritura es al tiempo desnuda, poética, crispada, esencial. De ahí la brevedad de la novela, cuya tensión interna no admite desvíos del norte inicialmente establecido. Y la apología indirecta desde la disidencia se hace más fuerte hacia la figura central del texto de referencia. El drama íntimo de Lázaro no es el de un hombre solo: «Al fijar los ojos en el sepulcro comprendo que la duda ha sido mi única pertenencia, esa duda hecha de dardos encendidos y de esperas lacerantes.» Se trata de una simple reivindicación de lo humano frente a lo divino.

Así pues, la lectura de la historia sagrada se realiza desde los márgenes. Con su escritura de madurez, diáfana y honda al mismo tiempo, Julieta Pinto cuestiona el texto de referencia para actualizarlo y reafirmarlo a través de su lectura personal. La conjura de la duda devendrá dominio de la esperanza.

SELENA MILLARES
Universidad de Alcalá

Juana Martínez Gómez y Almudena Mejías Alonso: *Hispanoamericanas en Madrid (1800-1936)*, Madrid, Ed. Horas y Horas, 1994.

Esta obra aparecida recientemente, con los auspicios de la Comunidad de Madrid, contiene la normativa clásica: «docere» y «delectare», cuya premisa va orientada a dos terrenos aparentemente separados (el placer y la sabiduría), pero unidos en una relación de «necesidad», cuando se trata de la lectura.

Respecto a la primera norma, «docere», es un exhaustivo estudio, cuya labor de investigación se ha centrado fundamentalmente en la ardua tarea de hemeroteca. Un escrutinio pormenorizado ha orientado a las dos investigadoras hacia los periódicos y revistas de la época, especialmente hacia el *Album Iberoamericano*, y hacia instituciones cuyo logro y mantenimiento, como la Unión Iberoamericana o el Hogar Americano se debe a la exhaustiva y ambiciosa labor de personajes que aparentemente pasaron desapercibi-

dos como María Edilia Valero, o los esfuerzos de Soledad Acosta por difundir en Madrid la realidad americana, aprovechando la celebración del IV Centenario. Sus propuestas no siempre llegaron a buen término, y algunos vieron cortadas sus iniciativas por el terrible impacto de la guerra civil. La labor de estas mujeres que trataron de hacer oír sus voces en una sociedad cerrada en líneas generales al ámbito femenino, corre pareja a una serie de propósitos humanistas y humanitarios, con un claro deseo de proyección educativa y que define la tarea que ha de llevar a cabo la cultura.

Proyectos que giran en torno a una visión del papel del intelectual (o de la intelectual), en el mundo contemporáneo, que en España adquirirá un rasgo específico en torno a la Generación del 27 y la Residencia de Estudiantes, tras la experiencia de fracaso que marcara el 98. Por su parte, será María de Maeztu y la Residencia de Señoritas —institución paralela a la predominantemente masculina Generación del 27— uno de los más claros apoyos en los intentos por parte de las intelectuales hispanoamericanas para promocionar y divulgar sus creaciones en España, así como lograr la unión entre los dos continentes a través de su común cultura, como ocurre con Victoria Ocampo, quien contará asimismo con el apoyo de Ortega y Gasset. Estos proyectos de unión están inmersos en la mentalidad universalizadora de la época que tiende a la formulación de un ideal «panamericano», presente desde los tiempos de Rodó, lo que no resulta óbice para la formulación de la «diferencia».

La investigación se estructura por épocas (siglos XIX y XX) y dentro de ellas, según los distintos ámbitos sociales, laborales o artísticos a los que pertenecen las mujeres estudiadas, desde la aristocracia —a la que acceden por matrimonio, y cuya labor podíamos calificar como mecenazgo, ejercida durante el XIX— a la clase intelectual, las escritoras o las artistas en su más amplio sentido (pintoras, cantantes, actrices). Conforme progresa el siglo la presencia de las mujeres en los distintos ámbitos comienza a ser más frecuente y personalizada: «La mujer hispanoamericana que llega en el siglo XX desempeña un papel individual y su estancia madrileña no se organiza (...) sino en torno a cualquier actividad ejercida por sí misma» (p. 204), independizándose de la obligada referencia como esposa y adquiriendo entidad por sí misma. Esta independencia supone un marco más libre de acción y al mismo tiempo un logro de su aún incipiente reconocimiento intelectual y artístico.

Por su carácter emotivo destaca la presencia de Teresa de la Parra, que se analiza fundamentalmente a través de su diario, dado que en él surge una visión profundamente íntima de su estancia en Madrid y sus últimos meses de vida. En otro sentido cabe destacar la figura de María Enriqueta Camarillo, cuyo entusiasmo por Madrid se transparenta en sus páginas: «Madrid es un espacio y un tiempo que alberga un modo de ser y estar, una gente madrileña generosa, educada y siempre de buen humor» (p. 143).

Pero si hemos hablado de relativas dificultades, también hemos de subrayar el apoyo editorial con que se rodea la labor de estas mujeres, lo que no quiere decir que sus obras hayan tenido una clara repercusión en el ámbito intelectual, es el caso de Enriqueta Camarillo, Aurora Cáceres, Victoria Ocampo —quien contaría con el inapreciable apoyo de Ortega—, Angélica Palma, Olga Briceño, etc. Asimismo surgen investigadoras en el «ámbito universitario», como la ya citada Victoria Ocampo o Margot Arce.

En cualquier caso Madrid resultará ser el marco en el que se desarrollen estas actividades, de modo que al mismo tiempo vemos trascurrir la vida de la ciudad en modo paralelo, a menudo esbozada, pero no por ello menos consistente en su investigación.

Si en este estudio el análisis y la búsqueda suponen una minuciosa labor como he subrayado, no por ello deja de ser una obra que puede enfocarse desde el «placer del texto» barthiano. Su propio ámbito de trabajo implica la multiplicidad y la diversidad de facetas respecto a las mujeres que se estudian, de modo que la diferencia hace surgir lo variable, evitando la aridez de un trabajo teórico. Por otra parte, la necesidad de una visión obligatoriamente histórica, en mujeres cuya labor no es precisamente ésta, hace surgir a menudo el rasgo anecdótico, con lo que asimismo se aligera el peso de la erudición.

En definitiva nos encontramos con una obra que revaloriza el trabajo realizado por unas mujeres que procedentes de otros lugares, consiguieron hacer oír su voz en los medios intelectuales madrileños. Tarea de la historia: «de dar cuenta y de darnos cuenta de lo que hemos hecho, de lo que “otros” han hecho» (Zambrano: *El hombre y lo divino*, p. 316), obra que salva del olvido los esfuerzos formulados a través de tantos años y tantas palabras, gracias a su paciente y minuciosa investigación.

ROCÍO OVIEDO